

basta. Además, eres libre por completo. Si yo consigo lo que deseo, ya nos iremos juntos á donde quieras y sin tener que vivir en una boardilla.

—Tienes muchísima razón—decía Antonia.

La joven estaba entusiasmada por completo; recibía cartas de Fernando, que besaba y escondía en su seno como si fueran reliquias. Hacía excursiones con su amante en coches de alquiler, en los que Terral bajaba las cortinillas, pues no creía aún llegada la hora de que el mundo presenciase su triunfo.

—¿Te da vergüenza ir conmigo?—decía Antonia abrazándole.

Iban á los lugares más solitarios de París, y la joven se excusaba como podía con el Conde de Bruand, mintiendo como una diplomática para explicar sus ausencias. Terral escondía aquel amor como si se tratase de un adulterio. ¡El amor prohibido! Este amor tiene su castigo; así que para satisfacerse tiene que recurrir á los hoteles, esconderse en los faecres, disimularse, hacerse bajo é innoble. El sol, la luz, la claridad le están prohibidos, y sólo vive en las tinieblas y en el disimulo, cobarde, lívido, estigmatizado por el orden y la rectitud, que, chocando con él, á cada paso le repiten que no es la pasión, sino la trai-

ción, y no el amor, sino el vicio, y el vicio que se esconde y tiene miedo.

V.

La fuga de Antonieta había sido un golpe terrible para el padre Labarbade. El pobre viejo no tenía ya amor al trabajo é iba envejeciendo y poniéndose cada vez más sombrío. Sus amigos le aconsejaban que se cuidase si no quería enfermar, á lo que respondía Labarbade encogiéndose de hombros y yendo á sentarse en un banco delante de su posada, desde donde miraba correr el río con gran deseo de precipitarse en él.

Su mujer le decía:

—Todos los parroquianos van á marcharse de la posada si continúas poniéndoles esa cara de mal humor.

—Que hagan lo que quieran—respondía el padre Labarbade con aire indiferente.

Y añadía algunas veces:

—Aunque la posada se desacredite, siempre tendremos con qué vivir.

—Nosotros sí....., sobre todo tú, que vas ves-

tido de cualquier manera y vives como un oso; pero, ¿y el niño?

Labarbade sonreía entonces con amargura.

—¡Ah, el niño!..... Que trabaje como he trabajado yo. Á cada uno le llega su vez. Es una tontería sacrificarse por los hijos.

—¿Acaso es culpa de Adolfo el que tu hija esté en París dando escándalo? ¡Pobre hijo mío! ¡Bien necesita del amor de su madre, puesto que tú le detestas!

—¿Yo?

Y Labarbade salía de su casa é iba á sentarse al jardinillo, bajo el viejo cerezo donde jugaba Antonieta cuando era pequeñita. Cuando notaba que estaba completamente solo, lloraba.

Una mañana se levantó pálido, con los ojos hinchados y muy agitado. Habían llegado pintores de París pidiendo un almuerzo que esperaban cantando en el comedor.

—¿Pero no te ocupas del almuerzo?—decía la señora Labarbade.—Están esperando y ya comienzan á impacientarse.

—Es verdad—dijo maquinalmente Labarbade;—han pedido un almuerzo.—¿Y el pescado?

—Está en la barca, ¿quieres que vaya á buscarle?

—¿Qué barca?

Su mujer le miró asustada.

—¿Qué te pasa?..... ¿Estás loco?

—No sé..... mi cabeza se pierde. ¿Por qué gritan esas gentes?

Las alegres canciones de los pintores llegaban allí entre risotadas y algazara.

—Vamos, ¿quieres servirles ó no?—preguntó la señora Labarbade.

—No; estoy cansado, estoy enfermo.

—¿Enfermo?

—No puedo tenerme en pie. ¿No ves que tengo fiebre? ¡Que se vayan!

Entretanto en el comedor los cuchillos se dejaban oír golpeando fuertemente los vasos.

—Decididamente estás empeñado en desacreditar tu posada.

La puerta de la cocina se abrió, y un joven de cabellos rojos entró diciendo:

—Cuando os parezca que hemos esperado bastante, servidnos el almuerzo, padre Labarbade.

—No hay pescado hoy—dijo Labarbade bruscamente.

—¿Cómo?

—Id á comer al puente Valvins.

—¡Ah!—dijo el joven;—¿y para eso nos estáis haciendo esperar?

—¿No véis que está delirando?—dijo la señora Labarbade.—Yo os serviré.

Y se puso á trabajar con ardor. Cuando los pintores hubieron partido, se aproximó á su marido, que estaba sentado en una silla con la cabeza inclinada sobre el pecho, y le dijo:

—Cuando uno está malo, se acuesta. Yo sabré despachar el trabajo sin necesidad de tí, porque tenemos un hijo y no quiero que cuando sea mayor no tenga qué comer.

—No somos pobres de pedir limosna—dijo Labarbade.

—Ya lo sé; pero si puedes duplicar los cuatro cuartos que tenemos, ¿por qué no hacerlo? Tenías más ánimos cuando trabajabas para tu señora hija.

—¡Voto á Dios!—exclamó Labarbade como si le hubiese picado una víbora;—¡no hables de mi hija!

—¿Y por qué? ¿Es acaso sagrada la señorita Antonia?

—¡Antonia!—dijo el pobre viejo levantándose.—¡No la llares así, mala mujer! Te prohibo que le des ese nombre. Nunca la has querido, y la pobrecilla era muy desgraciada aquí. Quizá tú sola eres la causa..... y yo, bestia, bruto, que la

pegaba..... Dame agua..... ¡Oh, me abrase! Te he dicho que me des agua.

La señora Labarbade se encogió de hombros; llenó un vaso en la fuente y se le llevó á su marido, que, humedeciendo en él su pañuelo, se refrescó la frente, las sienes y los labios.

Después quiso levantarse, pero sus piernas se doblaron.

—Dios mío, ¿qué es esto?—dijo.

—¡Qué ha de ser!—dijo su mujer.—Que te preocupas demasiado por una ingrata que ni siquiera se acordará de tí.

—¿Quién te ha dicho que no se acuerda de mí?..... La he echado mi maldición, y por eso no se atreve á venir; pero me sigue amando. Iré, iré á París y la veré. ¿Á qué hora sale el tren?..... Hay una media hora de aquí á *Fontainebleau*, y á la noche podré estar en París..... ¿Dónde está mi sombrero?..... no puedo encontrarle. ¿Qué haces ahí mirándome como una tonta?..... Iré á abrazar á mi hija, porque soy libre para hacer lo que quiera..... á menos que ella no me haga arrojar á la calle, que es posible..... todo es posible..... Tiene cuballos y vestidos de seda. ¡Ya verás tú cómo desgarró esos vestidos!..... ¿Qué dices? ¡Te pregunto que qué dices!

—Nada—dijo la señora Labarbade, que empezaba á tener miedo.

—¡Me ahogo!..... Un baño de pies..... ¡Oh, estoy muy malo, lo conozco! Me parece que se abre mi cabeza. ¡Quiero acostarme!

—¿Y si viene gente?

—¡Que se vayan todos, todos!

Y Labarbade soltó una carcajada.

La señora Labarbade se asustó de aquella risa nerviosa y corrió á avisar al médico, quien al llegar encontró acostado á Labarbade, le tomó el pulso é interrogó meneando la cabeza.

Al salir dijo á la señora Labarbade:

—Está muy grave. Ha caído enfermo como herido por el rayo.

—Pero ¿qué es lo que tiene?

—Una apoplejía fulminante. Voy á buscar mi bolsa para sangrarle en seguida. Entretanto, ponle hielo en la cabeza.

—¡Una apoplejía fulminante!—repitió la señora Labarbade.

Y quedó aterrada.

El delirio del pobre hombre iba aumentando. El infeliz se retorció como una culebra. No entendía ni veía nada, y todos sus ocultos sufrimientos, sus amarguras y sus dolores acudían á

sus labios. Llamaba á su hija y la rechazaba; la maldecía y quería abrazarla. Gritaba, reía y lloraba, y sus manos se extendían como buscando algo ó alguien en el vacío. Su rostro estaba tan desfigurado por las contracciones nerviosas, que no parecía el mismo, y la señora Labarbade temblaba al verse sola en la posada con aquel moribundo. El terror se apoderó de ella de tal manera, que, dejando al enfermo, quiso huir, ir á buscar á Adolfo á su colegio, ó á llamar á alguna vecina. Cuando abrió la puerta, se encontró con el doctor que venía á sangrar al enfermo; pero no pudieron reducir á éste á la quietud necesaria en estos casos, y hubo necesidad de llamar á unos albañiles que trabajaban en una obra de la casa inmediata, para que sujetasen al pobre delirante.

La sangría hizo mucho bien á Labarbade, le debilitó y logró hacerle conciliar el sueño hasta la noche.

—Mañana por la mañana volveré—dijo el doctor.—Espero que la noche será tranquila.

Durante ésta la señora Labarbade velaba á su marido, en compañía de una vecina que se alababa de saber muchos remedios caseros para curar.

Labarbade se despertó, y enderezándose brusca-

mente, miró á la luz con fijeza, y dijo con voz ronca:

—¿Quién está ahí?

—Yo—dijo la señora Labarbade.

—¿Quién sois?..... Antonieta..... ¿Dónde está Antonieta? ¿La habéis visto?..... A ella es á quien busco. ¿Por qué me han atado á esta cama? ¿Qué es lo que he hecho? ¿Dónde está mi hija?

Las dos mujeres se miraron. El delirio continuaba. Labarbade arrojó lejos de sí las ropas y saltó del lecho. Sus abrasados pies se apoyaron en las frías baldosas, y el infeliz empezó á pasear gesticulando ante aquellas mujeres mudas de terror.

—Pediré á mi hija y me la devolverán..... Adolfo..... ¿quién ha hablado de Adolfo?..... ¡Ah, los hijos! ¡Ingratos..... ingratos! ¿Dices que amo á mi hija más que á Adolfo?..... pues bien, sí, mucho más..... Tengo hambre..... Dadme de comer. ¡Que quiero comer he dicho!..... Sí, te volveré á ver, Antonieta..... ¡Ah, qué calor!..... ¡Ana!

—¿Qué?—dijo la señora Labarbade, muy sorprendida al oírse nombrar en medio de aquel caos.

—Te he dicho que me des mi traje de verano, y no lo has hecho..... Ya sé que lo que tú desearías es que yo me muriese aquí de calor..... No tengas

miedo, que tú cargarás con todo, porque nuestras pobres rentas están á tu nombre.

—¡Oh!—dijo la señora Labarbade—no lo creáis, señora Germain. ¡Está loco!

—¿Queréis que le haga una tisana?—dijo la señora Germain.

—Bueno.

La buena mujer sacó algunas hierbas de su bolsillo y las echó en una cafetera, que llenó luego de agua y vino blanco, poniéndolo todo á hervir.

—¿Creéis que con eso se aliviará?

—Ya veréis el efecto que le hace.

El padre Labarbade, rendido de cansancio, se había vuelto á arrojar instintivamente sobre su lecho, diciendo algunas palabras entrecortadas.

—¡Dios mío!..... ¡Antonieta maldita!..... ¡Me muero!

Quando la medicina de la señora Germain estuvo hecha, trataron de hacérsela tomar al enfermo; pero éste cogió la taza que le tendían y la estrelló contra el muro, diciendo:

—¡No quiero, no quiero veneno!

La señora Labarbade se puso roja y después verde de cólera.

—¡Ah!—exclamó—¿Crees que soy tu hija? Ella tal vez se atreviese á envenenarte.

Y salió, dejando á Labarbade que delirase solo cuanto quisiese. La señora Germain, profundamente ofendida por el mal éxito de su tisana, se había retirado también; de modo que el pobre enfermo quedó completamente solo en su cuarto, gritando, amenazando y llorando.

Su mujer le oía desde una habitación de abajo, muerta de miedo, creyendo que todo aquel furor era contra ella. No se hubiese atrevido por nada del mundo á entrar en el cuarto de su marido, temiendo que éste se arrojase sobre ella como un insensato, y permanecía allí, escuchando aquellas exclamaciones que desgarraban el silencio de la noche y la hacían estremecer como otras tantas sacudidas eléctricas. De cuando en cuando se levantaba, y dirigiéndose á la ventana, separaba las cortinas para ver si amanecía.

Pero las estrellas brillaban aún sobre un cielo sin nubes, retratándose en la límpida superficie del río.

La señora Labarbade volvió á sentarse lanzando un suspiro.

Pensaba en aquella Antonia que Labarbade amaba aún, y en el pequeño Adolfo, en su hijo, que dormiría entonces en su lecho del colegio *Desvignes* en *Fontainebleau*. Sabía que Antonieta

había hecho fortuna en París, porque había leído en los periódicos las descripciones de su lujo y de sus triunfos.

—¡Debe odiarme! ¡Ah, qué lástima! ¡Hubiera podido ser tan buen apoyo para Adolfo!.... Si yo me atreviese.... pero no, debe odiarme todavía.

Pero luego pensaba que el carácter de Antonieta era capaz de una violencia en el pronto, mas incapaz de guardar rencor y conservar odio profundo.

Iba amaneciendo. Una luz pálida entraba en el cuarto donde la señora Labarbade había pasado la noche. En el cuarto del enfermo no se oían ya gritos; la lumbre del hogar se apagaba, y estremeciéndose de frío y bostezando, la señora Labarbade subió al cuarto de su marido.

Se detuvo á la puerta y escuchó. No se oía el más leve ruido. Levantó el picaporte, entró bruscamente y miró al lecho.

—¡Nadie!

Pero casi al mismo instante apercibió en una esquina, tendido, rígido, con los brazos extendidos y boca abajo, al infeliz Labarbade. Sin duda al querer lanzarse de su lecho debía haberse caído, porque se había abierto la sien derecha contra el mármol del lavabo. La señora Labarbade lanzó un grito al tocar aquellos miembros helados.

El médico, que no tardó en llegar, declaró que el fallecimiento databa de tres ó cuatro horas.

—Señora—añadió con alguna severidad—no debe dejarse solos á enfermos tan graves.

Y luego, meneando la cabeza:

—Por lo demás, el caso era fulminante y completamente desesperado.

Era un consuelo.

Aquel mismo día la señora Labarbade fué á buscar á su hijo al colegio.

—Tu padre ha muerto—le dijo.

—¡Ah!

Y añadió:

—Ya me extrañaba á mi verte no siendo día de salida.

El día que enterraron á Labarbade, el pequeño Adolfo llevaba una gran corona. Cuando bajaron el ataúd á la fosa, el chico arrojó su corona y se inclinó con curiosidad para ver el efecto que hacía.

Por la noche su madre le cogió en brazos y dijo acariciándole:

—Ya no tienes en el mundo más que á mí; pero seguramente no has perdido al que más te amaba de los dos.

—¿Me volverás á poner en el colegio?—preguntó Adolfo con zalamería.

—No sé, veremos—dijo la señora Labarbade.

Pensaba en Antonia.

—¡Si vieras qué mal se está allí!—exclamó Adolfo.

—¡Pobre hijito! Es verdad que estás pálido. Toma, toma la llave del armario y coge unas almen-dras que te tengo allí guardadas.

El mismo día de la muerte de Labarbade, su viuda escribió á Antonia, que no estaba entonces en París, pues León la había llevado á pasar una semana á Arcachón. La carta permaneció, pues, unos días en casa del portero, y cuando Antonia volvió la encontró entre otras muchas: al leerla se puso algo pálida y quedó un instante pensativa.

A los pocos instantes entró su doncella.

—Señora, ahí está el peluquero.

—Bien; que espere. ¿No sabes lo que me pasa, Constanza?

—No.

—Ya no puedo ponerme mi sombrero de crepón rosa. Estoy de luto.

—¿De luto?

—¡Papá ha muerto!

—¡Ah, señora!

—¡Oh, estoy contrariada! Si crees que no se

ama á los padres, te equivocas..... ¿Dónde está el peluquero?

El peluquero entró.

—Hace mucho tiempo que no me habéis peinado, señor Anatolio. En Arcachón no hay un buen peluquero. Quiero que me leáis el *Moniteur de la Coiffure*, porque deseo encontrar un tipo nuevo..... ¡Ah, qué contrariada estoy! ¿Habéis perdido ya vuestro padre?

—Hace mucho tiempo.

—Más vale así. Cuando se es pequeño no se siente tanto. Figuraos que yo le he perdido ahora: ¡oh! lo que es hoy no saldré de casa..... y á propósito ¿habéis tenido noticias de la pieza de Meillac? ¿Qué se dice por ahí? Yo hubiera querido volver de Arcachón dos días antes para asistir al estreno; pero mi *esposo* estaba entusiasmado en aquel país, mientras que yo me aburría.....

—Pues ha tenido un gran éxito.

—¿Y Camila?

—¡Hum, hum!..... Esta mañana estaba yo afeitando á Renaud, el que escribe en el *Figaro* que tiene la pretensión de decir que es una actriz consumada; pero yo la encuentro bonita y nada más.

—Bonitilla, sí; es muy rubia: de seguro había de estarla bien el luto.

Cuando salió el peluquero, Antonia se tendió en un sofá y trató de conciliar el sueño, porque aquella era la hora de su siesta; pero como no lo consiguiera, se levantó y llamó á su doncella. Quería pedir noticias de Fernando Terral.

—Ayer ha venido—dijo Constanza—y le advertí el próximo regreso de la señora; así es que seguramente volverá hoy.

—Estaré sólo para él, y si el *señor* viene, le dirás que estoy en paseo. Di á Fermín que enganche y que se vaya á pasear los caballos por donde quiera.

Los ocho días que había pasado en Arcachón habían parecido eternos á Antonia. La joven amaba á Terral, ó más bien creía amarle; mas lo cierto es que éste se había impuesto á ella, la había conquistado y la dominaba por completo. Fernando había sabido atacar el corazón de aquella mujer por todas sus vanidades y todos sus vicios. Había demostrado un ardiente amor á la joven con cierto fondo de desprecio, y ella se sentía dominada por aquella voluntad de hierro y loca de amor bajo la mirada ardiente y poderosa de aquel joven que parecía entregársele por completo y que se guardaba sin embargo todo entero. Si León Bruand la hubiese amado así, con un amor en que la bur-

la hubiera sucedido bruscamente á las caricias, Antonia hubiese adorado al Conde; pero León, más frío y más desdenoso en realidad, aunque no demostraba su desdén, se contentaba con sonreír y tratar á la joven como á una niña mimada, accediendo á todos sus caprichos.

León Bruand había querido llevar á Antonia á Arcachon; pero ésta se hubiera negado á ir, si Fernando no la hubiese dicho que partiera.

Terral creía que aun no había llegado la hora de presentarse ante París, ante aquel París casi fantástico de sus sueños, llevando á Antonia de su brazo. Quería estar seguro de aquella mujer, probarla, y sobre todo, añadir otro título á aquel que la gente no dejaría de darle al decir: *Fernando Terral, el que quitó la querida al Conde de Bruand*. Quería ser algo más, ¿pero el qué? No lo sabía: esperaba sin embargo, confiando en su suerte.

Fernando se encontró una noche con un hombre, á quien reconoció en seguida: era Carlos Burdenois, su amigo de la infancia y su compañero de viaje, á quien no había vuelto á ver. Burdenois dijo á Terral que había podido conseguir un destínillo en el que ganaba seiscientos francos al año.

—¡Ay! amigo mío, ya se que cincuenta francos al mes es la miseria; pero ¿qué importa? acepto la

lucha y trabajaré. Es cierto que no como todos los días; pero me resigno, y lo único que siento es no tener un taller bastante grande para trabajar, ni dinero para pagar los modelos, lo cual me obliga, cuando tengo que hacer algún estudio del natural, como hoy, á ir á casa de un pintor amigo mío que tiene un magnífico taller en el boulevard *Pigale* y cuenta siempre con magníficos modelos. Esto me hace perder mucho tiempo, por la gran distancia que hay desde su estudio al boulevard *Saint-Jacques* donde yo vivo. Por la noche suelo dar un paseo por los boulevards desiertos que van desde el camino de hierro de *Sevane* hasta la valla de *Fontainebleau*. Eso los días que ceno.

—¿Y los días que no cenas?

—¡Ah! esos suprimo el paseo y le reemplazo por la cama, según dice el proverbio que se haga.

—Pues mira, yo, antes de hacer una vida como la tuya, desgarraría mi última camisa para hacer una cuerda y ahorcarme con ella.

—¿Según eso, has hecho fortuna, mi querido Fernando? Pues yo no tengo un cuarto, sino una boardilla y soy el más feliz de los hombres.

—Yo no; estoy cansado, descontento, á pesar de que el cielo parisién parece despejarse para mí.

Tengo mi parte de amor en el festín, y espero mañana mi parte de riqueza.

—¿Tú también estás enamorado?

—¿Enamorado? ¿A qué conduciría eso? Me aman únicamente.

—Yo no sé ni aun el nombre de la encantadora joven que viene todos los días á Luxembourg á pasearse con su padre; pero la sigo como un perro, cambiando con ella alguna mirada ó seña, nada, y me creo tan feliz como un rey.

—¿Es un idilio?

—Un puro idilio. ¡El idilio de un *Realista!* Tengo un compañero que pretende que trato el amor como Gleyre sus cuadros.... No puedes figurarte, ¡es un ángel! El otro día, en esta misma alameda, pasaba su padre, que es un señor muy grave que tiene cara de sabio, y llevaba el pantalón remangado, que dejaba al descubierto sus medias azules. ¡Pobre hombre! yo no pude menos de sonreirme: ella me vió, y bajándose, amigo mío, ¡pero con tanta gracia! arregló el pantalón, dándole unas palmaditas con sus pequeñísimas manos.... ¡Oh, podría hacer un cuadro precioso!

—¿Arreglando los pantalones....?

—Calla, escéptico. Véte con esas que te aman,

mientras que yo sueño con la que no me conoce. ¡Hasta la vista!

Precisamente entonces iba Fernando á aconsejar á Antonia que partiese á Arcachón con el Conde de Bruand, lo cual no agradó mucho á la joven. ¡Ocho días sin ver á Terral! ¡Si dejase de amarla! ¡Si la olvidase!

Antonia fué de mal humor durante todo el viaje.

—¿Conque Arcachón os parece horrible?—decía el Conde.

—Horrible, sí.

—Pues os sentará muy bien, porque el aire resinoso de los pinos es magnífico para los pulmones.

—Sí, burlaos. ¡Ah! Dios mío, ¡si me hiciese engordar!

—Luego bebáis vinagre y adelgazaríais.

Y el Conde encendía siempre un cigarro al final de estos diálogos y fumaba distraidamente.

¡Con qué inmensa alegría volvió Antonia á París! ¡El ruido, las luces, los teatros....! Aquel era su centro.

Después de haber despedido á su peluquero y pedido noticias de Fernando á la doncella, Antonia volvió á llamar.

—Señora, en este mismo momento iba á entrar, porque hay ahí una señora que pregunta por vos.

—¿Una señora.....? Y decidme, ¿tenéis seguridad de que el señor Terral vendrá hoy? porque si no, voy á escribirle.

—¡Oh, señora! estad segura de que vendrá.

—¿Lo crees así.....? ¿Y quién es esa señora?

—La señora de Labarbade, ha dicho.

Antonia se puso roja como una amapola.

—¡Ah.....! ¿Una señora de luto?

—Sí, señora.

—Que pase.

La verdad es que Antonieta estaba gozosa al volver á ver á su madrastra y presentarse ante ella con todo su lujo. Así es que cuando entró la tendió sus manos; pero esto no bastó á la señora Labarbade, que la cogió la frente, se la besó y dijo con voz turbada por las lágrimas:

—¡Ya ves que desgracia, hija mía!

—Sí.....—dijo Antonia;—pero siéntate.

—Murió el miércoles por la noche, querida mía. ¡No se concibe! ¡Después de haberle cuidado tan bien!

He podido conseguir que te perdonase, porque no sabes lo incomodado que estaba contigo; y á la verdad no sé de qué, porque has sabido crearte

una posición y llegar á ser una actriz, una buena actriz, en lugar de estar trabajando en nuestra posada como tu pobre padre, que ha pasado treinta años en ella y apenas nos ha dejado á tu pobre hermano y á mí un pedazo de pan que llevar á la boca. Adolfo me ha dado mil besos para tí. ¡Pobre hijo mío! ¡Si vieras qué bueno es y qué inteligente, mi querida Antonieta! Déjame que te llame Antonia. ¿Quieres? Has hecho muy bien en cambiar tu nombre..... ¡Ah! Si fueses á *Samoreau* en tu coche, dejarías asombrado á todo el mundo; porque tienes coche, ¿verdad?

—Un coupé.

—¡Ah, un coupé.....! ¡Un coupé! ¡Qué desgracia que no haya podido verte tu pobre padre! ¡Qué lujo tienes, chica! Y eso que no he visto más que la antesala. Es preciso hacerte la justicia de decir que desde muy pequeña eras inteligente, y tu aire de superioridad me daba envidia algunas veces. En más de una ocasión recuerdo haber dicho á tu pobre padre: «Mira á tu hija; parece una reina.» Estoy segura que aunque te hubieras puesto por sombrero una cacerola, hubieras parecido bien.

Antonieta se sentía dulcemente acariciada por aquellos piropos. La señora Labarbade sabía muy bien que su flaco era la vanidad, y á fuerza de

adulaciones y zalamerías la hizo adoptar el plan que había madurado en *Samoureau*, y que era el siguiente: entrar en casa de Antonia en calidad de mayordomo femenino, para vigilar á los criados, tomarles cuentas y mantener la casa en el mejor orden.

—Escucha, hija mía; eres rica, hermosa y estás rodeada de admiradores; pero puedes arruinarte y perder tu belleza por cualquier desgracia que no se puede prever. Esto no sucederá, estoy segura; pero por si llegase, deja á tu mamá política el cuidado de guardarte una manzana para la sed. Tanto más que una mujer de mi edad es necesaria á una joven de la tuya. La unión hace la fuerza. Sólo te pido en cambio de mis servicios que te encargues de la educación de tu pobre hermanito, que es tan bueno y te quiere tanto.

—Sea lo que tú quieras—dijo Antonieta.

También ella había soñado con la dama de compañía que venía á ser en su casa la señora Labarbade.

No la disgustaba encontrarla en su madrastra dulcificada y convertida.

—¡Ah! no eres tonta—dijo la señora Labarbade....—pero mira, es más *chic* que dejemos de tutearnos. Yo te llamaré la señorita Antonia, y tú á mí Anaís.

La instalación de la madrastra estuvo hecha en seguida. El señor Bruand apenas se enteró de la *invasión* de aquella nueva huésped. Seguramente no debía agradarle mucho el ver ir y venir á aquella *mosca*; pero no dejó ver su disgusto.

—Nunca me habíais hablado de vuestra madre política—dijo un día á su querida.

—No; estaba mal con ella y no esperaba volver á verla jamás.

La señora Labarbade se había hecho cargo de todo. Antonia le había dado las llaves de los armarios. Todas las mañanas *mamá Anaís* hacía las cuentas, distribuía el dinero y establecía el orden en la casa. Los criados la detestaban porque hasta entonces habían sido dueños de sus acciones en aquella casa en que la vigilancia era cosa desconocida.

—No vale la pena de servir á una *señorita*—decía una noche el cochero á la doncella—porque para que le tengan á uno en un puño, es cien veces preferible estar en casa de gente honrada.

Antonia, obedeciendo á las indicaciones de la señora Labarbade, había pedido que su hermano fuese educado en la casa por un preceptor. El Conde de Bruand, siempre complaciente, había encontrado el preceptor deseado, que no era otro que Celestino Fargeau.

Celestino iba á casa de Antonia todos los días y daba lección á Adolfo, que entretanto bostezaba columpiándose sobre los magníficos muelles ó las elegantes butacas ó tarareando alguna canción de moda. Fargeau al principio había tratado de domar aquel carácter de chico travieso y malo. Trabajo perdido. El pícaro muchacho peinaba al revés la felpa del usado sombrero de su profesor y miraba á éste con aire aburrido durante las lecciones. La señora Labarbade había dicho además que no quería que se molestase para nada á su hijo.

—¡Pobrecito—solía decir á Fargeau; —miradle qué pálido está!... El estudio le fatigaría. Dejadle. Un paseo al Luxembourg le hará más provecho que vuestra endiablada gramática..... y además, ¿para qué sirve el latín?

—Decídmelo á mí—murmuraba Fargeau.

Y volviéndose hacia su discípulo, le decía encojiéndose de hombros:

—Anda, véte á jugar. No tienes necesidad de romperte la cabeza, porque tienes una mamá que velará siempre por tí.

La señora Labarbade sonreía y encontraba que el señor Fargeau tenía mucha razón.

Cierto día el pequeño Adolfo volvió á casa de Antonia escoltado por un agente de la autoridad

que le traía de una oreja. El niño lloraba, y su madre al verle lanzó un grito, mirando al agente con furia. Este dijo que el joven Adolfo se había estado entreteniendo en echar granos de mijo y cañamones mojados en ron en los estanques del Luxembourg para que los peces comieran aquellos granos llenos de alcohol.

Los peces se habían emborrachado en seguida y aparecían en la superficie de los estanques boca arriba y como muertos. Esto había producido un gran escándalo, porque los asistentes al jardín pensaron en un envenenamiento de las aguas. El pequeño Adolfo se estaba alabando en voz alta de aquella fechoría, diciendo que era una receta que había leído en un almanaque. Un agente acertó á pasar entonces, y le llevó á casa del comisario de policía, quien le envió en seguida á casa de sus padres encargando hiciesen el favor de reprenderle.

Al oír este relato, la señora Labarbade apenas pudo sofocar un acceso de risa.

Cuando el agente partió, sentó á su hijo sobre sus rodillas y le cubrió de besos, diciendo á Antonia y á Fargeau que estaban presentes:

—¡Qué inventiva tiene este diablillo! ¿Qué os parece, señor Fargeau? Dame, dame un beso, hijo